

EL ESPEJO AFRICANO

Dorel llegó hasta la esquina, no podía creer lo que veía, tantos colores, sonidos y objetos nuevos, definitivamente era un mundo totalmente distinto a lo que él estaba acostumbrado a ver cotidianamente. Al no ver al joven del espejo por ningún lado de la calle decidió caminar un poco más hasta la próxima calle, poco a poco sus ojos se fueron acostumbrando a la luz del sol y olvidando la penumbra de donde vivía.

Y lo vio, en una casa poco lujosa, con tejas rojas y puertas de madera color tierra, observo a través de la ventana esa escena en la que un niño, de no más de diez años lloraba abrazando a su madre que yacía muerta sobre un sillón oscuro como la misma noche que iba a caer pronto. Era el joven del espejo y su madre.

Quiso gritar, quiso pedir ayuda o por lo menos reaccionar. Pero solo recordó, recordó el dulce canto de una bella mujer... Su madre...

Fernando L. 2º 3ª

[...] Los idiotas, al escuchar el griterío de sus padres, se volvieron hacia ellos. Tenían en el rostro una mueca que mostraba puro placer salvaje. Tan salvaje, que daba miedo. Su ya limitada cantidad de pensamientos se había reducido más aún, sin poder pensar en una cosa: necesitaban más. Avanzaron al mismo tiempo hacia sus padres, con una mirada de profundo deseo, con los dientes rojos por la sangre de su hermana, que caía en finos hilos por las comisuras de sus labios, sumándose a la que inundaba ya el piso de la cocina, sobre la que sus pies; descalzos, totalmente humanos, sin ninguna señal de los monstruos que tenían por dueños; chapoteaban y resbalaban. Don Mazzini, aterrado, salió corriendo, llevándose a su esposa; que lloraba y pedía ayuda, aunque los sollozos descontrolados no la dejaban formar palabras siquiera; buscando la salida. Cuando al fin la encontró, recordó que estaba cerrada, así que buscó las llaves en su bolsillo y trató de colocarlas en la cerradura, pero sus manos, resbaladizas por el sudor, se lo dificultaban. Cuando al fin lo logró, supo que ya era tarde. Ya podía oír la risa, desquiciada e idiota al mismo tiempo, de sus hijos, y en poco tiempo, sus asesinos, pensó. Unas manos lo asieron del cuello, mientras que otras lo sostenían por los hombros, y sentía un paciente cuchillo, y luego algo caliente, en la garganta. Lo último que vio fueron los ojos de su hijo mayor, en los que sólo había caos, placer y un deseo inhumano. Ni rastro del niño que había sido, ahora devorado por esa horrenda bestia.